Auto Ficciones

Antología del taller de Alejandra Delgado

Ediciones . Caronte

Auto Ficciones

Registro Propiedad Intelectual:

I.S.B.N.:
Ediciones Caronte

Primera Edición:

Hecho en Chile

Indice

Autobiografía
Por Javier Martínez*

*Acuicultor.

Todo parece inverosímil desde la distancia: los colores, las caras, las sensaciones, los olores... en fin, los recuerdos.

Mi madre dice que fue una noche tranquila la que yo nací, corría un viento suave de primavera en noviembre. También me contó que a pesar de ser primeriza nunca sintió miedo. Mi padre debe pensar precisamente lo contrario. Me dijo que me parió casi sin dolor, sin trauma. Yo creo que lo recuerda así porque me quiere.

Abundó luego en mi primera infancia la bolita de cristal (canica de vidrio), el volantín y la pelota. Esta última me estremece de recuerdos: jugábamos en las calles empinadas de Valparaíso y el mayor esfuerzo lo hacíamos cuando corríamos detrás del balón cerro abajo después de un buen puntete desviado o un gol gritado con el alma. Recuerdo además tardes enteras en los faldeos de los cerros porteños atajando volantines, entre zarzamoras espinosas y ácidas pero jugosas ciruelas que aún logran hacerme salivar.

Creo que mi infancia fue eterna. Tengo remembranzas llenas de olores, sensaciones. El mar, los cerros, la vida… No me di cuenta cuándo cambió todo: mi cara, mi cuerpo, mi cabeza. Creo que todo estalló de una sola vez y me convirtió más en un acertijo que en un adolescente común. Fue mi etapa más introspectiva, más misteriosa, con el primer amor junto a la primera decepción que tanto duele, quizás borré algunos pasajes sin quererlo.

Gran misterio recién resuelto en la juventud, el ritmo de los bares, las cervezas y los amores furtivos que me templaron el alma. La física y la biología forjaron mi visión, con ellas quise alguna vez cambiar el mundo o al menos el mío. Pude viajar un poco y aprender a sobrevivir sin los lazos firmes de la familia. Los recuerdos más vívidos son del sur del Chile, la Patagonia indómita acechando, yo al alero de fríos indomables e impertérritas figuras montañosas. La inmensidad absoluta del mar, la pampa, el cielo. La belleza de los animales, la vida en su más íntima expresión es un absoluto que no se regala sino que se busca, y se encuentra.

Hoy veo quién soy más que el que quiero ser. Miro hacia atrás con tranquilidad pero solo como quien ojea su historia favorita, porque lo que realmente me mueve es el futuro, ese lugar que imagino y pienso, ese donde la retórica sea la verdadera revolución.

Cada 25, un encuentro en silencio

Por Alondra Castillo*

*Fonoaudióloga, Académico UV y Activista Feminista.

El sol ya abandonó las calles del plan de Valparaíso. El viento fresco de la tarde se cuela entre pasillos humanos recorriendo atiborradas veredas y elevando uno que otro volantín porteño. A su paso despeina las cabelleras de féminas que desde diversos rincones de la ciudad se aprestan a encontrarse en la plaza Victoria.

Una a una van llegando y a la distancia se reconocen, no por el sonido ni por los olores o los sabores, sino por las ropas. Negros atuendos que visten sus negros pasos, dibujando negras siluetas y que traen el último negro recuerdo: un nuevo femicidio. En instantes, el espacio ocupado en la plaza comienza a crecer y ya no es una, ni dos, ni tres... Son las suficientes para caminar y denunciar, en una nueva Caminata del Silencio, la violencia sistemática contra las mujeres. Los diálogos y las miradas de afecto dejan entrever a susurros la complicidad de sus dolores y la necesidad de acompañarse, de acompañar, de hacerse visibles, de visibilizar y dar forma y presencia a esa nueva "cuerpa" (cuerpo) asesinada que hasta aquel día 25 había sido invisible para la ciudadanía.

Como cada mes, cuando las manillas del reloj marcan las 18.30 horas aparece el silencio sepulcral con el cual este grupo de mujeres dibuja un sendero imaginario por las calles, portando en el pecho un cartel con la silueta que devela el nombre, la edad, la ciudad y cómo fue asesinada una mujer. Una tras la otra, a paso lento, con la mirada fija, enrabiadas, inician su callada protesta. Calladas porque así yace la voz

de cada víctima, calladas porque será la forma de irrumpir en la vorágine callejera, que a punta de gritos y bocinazos no repara que en este país, este mes, hay una menos.

Calle tras calle avanza la columna humana, sin pausas, rompiendo el tejido urbano, enlenteciendo el tráfico, exacerbando los ánimos de quienes, en la inconsciencia infinita, exigen respeto por sus derechos, banales derechos ante la convocatoria, pero que son incapaces de ver o simplemente no quieren ver.

Rostros de mujeres violentadas se cruzan con estas negras vestimentas y tras el hombro de quien les violenta, bajan la mirada para no desatar dudas; madres leen a sus hijos los carteles que denuncian las infinitas violencias, otras simplemente rompen la fila haciendo sordos sus oídos; jóvenes parejas se detienen y palidecen ante el horror del mal amor romántico, mientras, otras cruzan la calle para simplemente no sentirse en una vitrina. De vez en cuando se oyen palabras de apoyo susurradas al costado del silencio o se elevan tímidos gritos y aplausos de alguna mujer comerciante que desde el suelo las ve pasar. Cientos de miradas atraviesan este caminar, haciendo la pausa, la necesaria pausa.

En incólume formación van dejando sus pasos alrededor de un círculo para escuchar y hacer presente ese momento. Las palabras cargadas de realidad son las que se vierten en aquel espacio tras cada declaración leída y escrita por alguna compañera de alguna de las colectivas participantes. Extinguido el rito aparecen recién las propias voces, los propios cuerpos y las propias vidas, que se abrazan y acompañan en el camino a casa, porque Valparaíso, de noche, no es un lugar seguro y ninguna de las presentes quiere estar en la próxima caminata como una nueva silueta en esos carteles que denuncian un nuevo femicidio más.

Cicatriz

Por Carolina Torres*

*Periodista.

A todas partes donde voy la gente suele hablar de sus cicatrices. Muchas veces las mencionan en voz baja, pero siempre están ahí. Las puedo notar sin que se den cuenta, como un pequeño zumbido incesante de ánimos desesperados. Los compadezco en silencio por no aprender a unir las partes que hacen de las cicatrices un paisaje inerte. Una herida no es lo mismo, pero es allí donde camuflan su razón de ser y han preferido mantenerla viva, expuesta a las epifanías de un mundo lejano e ilusorio. "Una herida se ha juntado a la otra y tú, que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos", escribió Manuel Rojas. Recuerdo que ese libro lo leí hace varios años. A la salida del colegio, un muro festinaba:

-Antes de hablar de un reo, tienes que leer Hijo de Ladrón.

La gente suele embestir monólogos acerca de sus cicatrices, describiendo con horror los hábitos visibles. Cuando son externas se las palpan con los dedos y la mirada, acariciando de golpe imágenes, desembarcando en una sensación previa al impacto. Pienso en un tajito feliz que quedó mientras cortaba el pan un domingo por la mañana o pelando una fruta. Cicatrices cotidianas, dolorosas y fugaces, como todos los instantes. Estas se escapan, se pierden y olvidamos. Pero están las que escondemos en el discurso de la piel y luego las otras, los poemas: señales emocionales, roedores inexistentes que dejan miedo.

Nunca he permitido que cicatrices invisibles se expandan hasta verme convertida en sarcófago. Las atrapo con humildad, saco la pesada basura de mi organismo hostil, rindiéndoles una pleitesía de ascos e imagino que me deshago de ellas en un bosque embrujado de allanamientos. Hay personas que no pueden con los daños, preparan rituales abriendo todas sus cicatrices, venciendo al individuo sin luz ni pasión. Cuando cierro los ojos los puedo mirar. He conocido a muchos arrastrados hasta un perpetuo antagonismo, siendo bautizados en puntos finales. Sé que algún día los olvidaré a todos, por más que camine cientos de veces, por la calle de los sueños y las ganas de cambiar el mundo.

Tengo una cicatriz en la ceja izquierda. Es una pequeña hendidura casi inexistente. Las estaciones han apaciguado sus efectos estéticos hasta convertirla en una anécdota. Apareció sin saber, partiendo como un deseo. Colgué allí un pequeño alfiler de gancho cuando tenía 16 años, atravesando una esquina desenfadada. Si me miro al espejo detenidamente puedo percatarme del tiempo trascurrido, de los pasos ausentes, de la gente que ya no existe. Un día desperté y no tenía cavidad, solo un lugar menos, un surco profundo que ahora es solo un recuerdo, un retrato hablado de lo que fue. Lo mismo ocurre con la multitud, la ciudad y sus anhelos. Lo mismo pasa con todas las heridas hechas cicatrices.

Desde la sombra

Por Florencia González*

*Estudiante.

Me gusta bajarme de la micro en calle 9 Norte, en Viña del Mar. Dejar atrás el caos que el Mall trajo consigo y caminar por lugares donde el flujo de los autos no se atasca y la gente anda menos apurada. La avenida se llama Libertad y me pregunto qué es la libertad y si realmente se encuentra en esa calle. Al sentir ese aire de ciudad, la suave brisa moviendo las ramas de los grandes árboles que forman un arco de vereda a vereda como envolviendo a los vehículos y separándolos de los que preferimos ser peatones, pienso en que quizás esa sea la libertad, tal solo sentir. Mi destino es la plaza Sucre, en el centro de la ciudad. Simplemente ir a sentarme y observar.

Cada vez que pongo un pie en este lugar me invade un sentimiento de relajo. Es el sitio donde una puede escapar del estrés que provoca la ciudad. Dí un par de vueltas por los blancos caminos que despistan los zapatos de aquellos que en verano no pueden más con el calor y se refugian en las sombras del follaje. Quería ver si algo había cambiado, pero todo seguía igual. El paso del tiempo no se sentía dentro de esta cápsula. Ninguna banca estaba desocupada, todas daban la bienvenida y era imposible no aceptar la cordialidad que ofrecían. Algunos rostros soñaban con los ojos abiertos, ahí sentados. Otros se pegaban a las pantallas de sus teléfonos ignorando lo que a sus alrededor pasaba. Me senté en la esquina de una banca y, desde la sombra, por arte de magia dejé de pensar. Mi

mente ya no se entromete entre las imágenes, los sonidos, los olores, incluso los sabores y el tacto.

Los pájaros cantan en las copas de los árboles, pedazos de conversaciones que los transeúntes tiran al aire, el agua de la fuente siguiendo su ciclo, las ruedas del skate rodando por el suelo y una que otra vez suspendiéndose en el aire y volviendo a chocar en el suelo, las risas de los viejos que bajo los pies de una estatua juegan sobre las mesas que todas las tardes les hacen olvidar eso que les obsequió la maquinaria urbana. Silencio. No siento nada más que los rayos de luz llegando a mí desde la lejanía. Luz de atardecer entre los árboles, silenciosos como el bronce del hombre que todo lo sabe. Por mis manos entra el frío de agosto. Veo a una vendedora de café, en mi lengua se saborea lo amargo. Me dirijo hacia ella, cerca de los jugadores de cartas, dejando que la mente inunde de nuevo mis sentidos.

-Me da un café, por favor, le digo. Y pasándole los trescientos pesos que el cartel anuncia, le sonrío. Todo es mejor con una sonrisa. Ella me sonrió de vuelta y me habla:

-Tome mi niña, no ve que el frío que hace a esta hora es perfecto pa' un cafecito. Es entretenido ver cómo estos viejos juegan. Ya me los conozco a todos, vienen todos los días y es como un descanso pa' ellos ¿sabe? A veces la vida de ciudad cansa y uno que ya está mayor lo siente más.

Fueron sus palabras que, sinceras a mi oído, me quedaron rondando mientras giraba mi cabeza y veía a los viejos tan alegres jugando, gritando a veces por jugadas que los dejaban sin más ases bajo la manga.

-Así es la vida, continúa la vendedora. Usté que es jóven disfrútela, vívala con los ojos bien abiertos, no como esos cabros chicos que ahora caminan pegados a la pantalla

jugando ese jueguito de pokemón ¡Mírelos!- me dice apuntando hacia el Hotel O'Higgins donde un grupo de jóvenes, ni siquiera tan chicos, no levantaban las cabezas por ir mirando sus pantallas. "Se están perdiendo toda la belleza que nos regala la naturaleza, se están perdiendo toda esta maravilla que lueguito van a destruir con un edificio, quizás, no se van a dar cuenta y apenas levanten la vista, se van a preguntar cómo se les pasó la vida tan rápido. Se les pasó rápido porque no se dieron cuenta que estaban viviendo. ¡Véalos! Son como robots.

Le dí las gracias por darme tan buen consejo, porque sabía bien todo lo que ella me decía.

-De nada m'hija, a veces hablando uno influye más que guardándose las cosas.

Tomé mi café, me senté en el pasto y traté de sentir cómo pasaba el tiempo dentro de este espacio, dentro de este descanso de la gran ciudad, desde la sombra de los grandes edificios, desde la sombra de lo urbano al caminar.

La búsqueda de lo imperceptible de la artista noise Alejandra Pérez

Por Carolina Lafuentes Leal*

*Psicoterapeuta feminista.

Nacida en Punta Arenas, Alejandra Pérez Nuñez, artista, ruidista, investigadora y buscadora sensorial, habitó por 20 años la Patagonia donde están sus raíces de inspiración y conexión con la naturaleza. Estudió Psicología y Licenciatura en Estética en la PUC en Santiago, donde luego de siete años obtuvo una beca que le permitió emprender vuelo a Madrid para trabajar en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Ahí se encontró con la posibilidad de dedicarse al arte, preguntándose cómo traspasar la lógica y el rol del artista más allá del objeto para poder representar e ir más allá de las relaciones de poder para comunicar. Así llegó a Holanda en 2005 donde estudió arte, articulándolo con los medios, GNU Linux y software libre, como pure data, arduino y circuitos electrónicos sencillos para generar ruido.

Aunque desde su infancia ya había experimentado realizando creaciones, fue acá donde comenzó a dedicarse a la música, específicamente al ruidismo (noise), Su búsqueda se origina por una parte en utilizar herramientas y software libres para que el conocimiento sea compartido y por otro, el ruidismo con la noción de que todo es musical, con la posibilidad de afectar a otros y otras a través de las frecuencias.

Después de esta experiencia se instaló en Valparaíso donde habitó por 5 años, lugar al que vuelve frecuentemente. Fue becada nuevamente, esta vez por la

facultad de Media Art and Design en la Universidad de Westminster en Londres, "una ciudad gris y enladrillada", dice. Aquí se encuentra desarrollando una investigación doctoral.

DETECTAR LO IMPERCEPTIBLE

¿Cómo nace tu búsqueda investigativa?

-El año 2009 fui a la base Prat en la Antártica para hacer una investigación sobre cómo representarla de un modo que no fuera visual, sino que fuera un poco más allá de esa imagen de lo blanco y lo puro. Quería detectar de alguna forma lo imperceptible, lo invisible y para eso utilicé un receptor de muy baja frecuencia para escuchar la ionosfera, con la idea de que en un espacio tan despoblado como la Antártica iba a ser capaz de escucharlo mejor (porque eso se puede escuchar en cualquier parte) pero efectivamente la calidad del sonido que grabé era muy distinta, también entendí que la presencia de bases militares hace que este lugar no sea realmente un lugar tan puro como uno lo podría imaginar. En el doctorado la temática es esta, una investigación centrada en desarrollar una metodología para detectar lo imperceptible. Mi investigación de doctorado busca representar la Antártica fuera del modo de representación sublime y relacionado a la figura del héroe, la metodología entonces está centrada en aspectos imperceptibles y en una relación incorporada del paisaje antártico y la mente. Estos puntos de partida pretenden cuestionar los modelos de representación basados en lógicas racionales y separadas, que tiene que ver con el modelo científico, con el modelo de entender el

mundo separado de una misma. Estoy tratando de hacer un marco para entender la experiencia Antártica como un fenómeno de la conciencia, porque en el fondo el paisaje, en este caso el antártico, se desarrolla al mismo tiempo que la mente del que está ahí.

¿Como un espejo o en una conexión?

-Claro, en una dialéctica más bien, en un "ser" ahí. Entonces el paisaje me define y no existe una diferencia, sino que es una totalidad. Y bueno, estoy viendo cómo otros artistas han hecho esto y para mi sorpresa, sí hay casos. Hay un deseo de buscar formas de representación que vayan más allá de lo sublime, que es el modelo dominante de representación de la Antártica.

¿Estás buscando una metodología para mostrar cómo se puede percibir, captar?

-Sí, percibir. Porque es hacerlo perceptible, hacer algo que no es perceptible a los sentidos desnudos, consciente.

¿Tienes algunos límites? porque te escucho y es muy amplio, ¿todo puede ser ahí?

-En eso estoy precisamente. Creo que no hay muchos límites, que incluso una reinterpretación del modelo sublime podría servir. Lo que estoy tratando de hacer es una metodología que no separe el sujeto del objeto, que esté más vinculada a los modelos pre-científicos, y ahí entra desde el ocultismo, las escuelas naturalistas del siglo XIX de pre-sentimientos, el pre-conocimiento, hasta la utilización de tecnologías que aumenten la experiencia perceptual, como sensores, receptores de radio. Casi todo

puede ser, hasta los sueños pueden servir, hay que pensar un poco cómo mostrar esto.

Y en esto que tú planteas sobre cómo ha sido hasta ahora la representación de la Antártica masculinizada, con significantes militares ¿te encuentras con el feminismo en un ejercicio de fuga a esta idea?

-Es como una fuga porque, por ejemplo, si yo como mujer voy a Antártica, o por ejemplo hay unas mujeres que van en bicicleta al Polo Sur y documentan su experiencia, igual ellas están en el mismo modelo heroico de la Antártica si no lo hacen más bien desde el ecofeminismo que busca cambiar el modelo de comprensión de los fenómenos. Traspasar fronteras es más interesante para la creatividad, es una fuente inagotable. No estoy buscando ninguna vía tradicional de expresión, sino al contrario, formas que han sido silenciadas. Por ejemplo, yo veo que la mujer cuando performa, cuando actúa en un recital haciendo música, se expone y corre el riesgo de utilizar su imagen para lograr un efecto. Entonces, es un feminismo que tiene que ver con un modelo de entendimiento de la realidad que no separa entre yo y lo otro. Y eso para mí es feminismo.

¿Y ahí te has encontrado con metodologías feministas?

-Sí. Estoy leyendo a una física feminista que se llama Karen Barad, que ofrece un modelo materialista, dice que las cosas se crean sin separación. Esta teórica habla desde el post feminismo y las teorías de lo post humano que a su vez también se alimentan del ecofeminismo y desde a ahí a cosmovisiones originarias. Ella viene de la física cuántica,

explicando la realidad pero más allá de lo humano, donde lo humano y lo mineral tienen el mismo peso, porque a una escala muy pequeña, en realidad, no hay bordes. Y eso es parte de teorías post feministas.

Si un mineral y un ser humano tienen el mismo peso, como lo plantean las culturas originarias, ¿cómo es para tí esa experiencia de llegar a lo esencial?

-Es que yo creo que para mí eso es bien natural, intuitivo y ahora estoy buscando las formas de explicarlo racionalmente. Crecí en la Patagonia y esa experiencia de inseparabilidad, de no estar separada del entorno o de sentir la disolución del yo con el entorno, es algo que he vivido desde niña. Se va perdiendo esa conexión por la educación. Lo que hago es buscar las resonancias que me permitan validar en la academia el método que estoy tratando de buscar. El conocimiento científico no es suficiente para entender lo complejo.

¿Cómo han influido en tus búsquedas, los lugares en los que creciste y has estado?

-Los colores del paisaje y la vastedad de la Patagonia, esos espacios tan vacíos y poco poblados, marcaron mi personalidad. Luego, los otros lugares en Europa o los años en Santiago, son ecología con personas y eso me ha marcado. Mis herramientas tecnológicas las aprendí con otros, de la gente con la que me he ido encontrando. Todos los lugares me parece que son una conjunción de elementos como del paisaje o la luz, pero tiene mucho que ver con la gente con la que una conversa, conocer otros modos de vida, y también entender un poco más el pensamiento occidental.

NOISE, REBELDÍA Y VIENTO

¿Cómo llegaste al noise?

-Desde 2007 he pasado por varios periodos y en este momento estoy un poco desencantada de esa parte tan críptica que tiene, tan poco comunicativa. He visto que el noise podría llegar a alienar al otro más que abrirlo a otra experiencia. Aunque he vivido también que la gente se siente estimulada de otras formas, de formas más corporales, menos mentales. Ahora estoy tratando de complementar el noise con otras cosas, que lo permitan hacer más conversable, que permitan establecer una relación más horizontal. Me di cuenta del problema de la cultura del espectáculo: cuando tú tienes a alguien que está performando algo, lo pones en un lugar de poder, arriba de un escenario, con el poder de afectar al otro, con el poder de la frecuencia. Creo que llego al noise con una influencia bastante fuerte por el viento de la Patagonia. Allá el viento es un ruido constante, para el que viene de afuera a veces es intolerable. Pienso que aprendí un poco a notar las diferencias, así como los esquimales saben reconocer los tipos de blanco, aprendí pronto a entender que todo puede ser expresivo. Por ejemplo, ahora paso harto tiempo en unos túneles bien ruidosos del Metro y a veces soy capaz de disfrutarlo y pienso que eso es bonito, porque te abre un poco los umbrales del placer, se amplía un poco la conciencia.

Sí, porque el placer está capturado entre lo que da placer y lo que no…

-Exacto, y también llegué al noise por lo mismo, por un tema de rebeldía ante lo que nos dicen que es la música. ¿Por qué la música clásica va a tener más valor que otros tipos de formas musicales? ¿Por qué necesitamos tener un sonido de un bombo para poder bailar si ese sonido se parece tanto al de las marchas militares?. No es necesario tener un instrumento caro o una tecnología cara para hacer sonido. Todas esas cosas he tratado de deconstruirlas para entender el fenómeno de la música de manera más libre, que no dependa ni de un instrumento, ni de un género musical, ni de un tipo de conocimiento.

¿Qué pasa con este género musical en Chile?

-En Chile, el problema es que todas las disciplinas son muy cerradas y dependen de los nichos en donde se desarrollan, entonces, los artistas definen lo que es arte, los psicólogos definen quién hace terapia o no, y así. En Latinoamérica hay una tradición larga de noise de más de veinte años, por ejemplo en Perú. En Chile y Valpo también, pero son ambientes muy fronterizos, en las casas ocupas. Conocí el noise con grupos antisistema, con gente que no quería trabajar y dedicarse solo a lo que querían hacer, creo que esos grupos son con los que me sentía más cómoda, sobretodo a nivel artístico, porque es gente que está abierta a cualquier forma, mientras sea auténtica. No tengo ningún tipo de relaciones con el festival Tsonami y realmente me extraña que, con toda la experiencia que tengo, nunca me hayan invitado a tocar en las mejores salas de Valparaíso, que son a las que ellos tienen acceso. También suele pasar que los festivales suelen concentrar las subvenciones, pero muchas veces son descuidados con las escenas locales.

¿Cómo vinculas tus estudios de psicología con todo lo que estás creando?

-Dejé de practicar la psicología de forma constante a los 28 años. Ahora tengo 43. Salí expulsada porque sentía que una adquiere demasiado poder al ser psicóloga y la gente espera que le digas lo que tiene que hacer. No me sentía cómoda con ese poder. Siempre me ha gustado la psicoterapia, pero como tenía estos cuestionamientos tan fuertes, me especialicé en la educación. Me parecía que podía aportar de una forma más horizontal, no necesariamente en ese rol de poder del terapeuta y en eso sí que he continuado haciendo cosas, a través de los talleres que hago. Claro, no son necesariamente terapéuticos, pero sí tienen que ver con aprender nuevas tecnologías, y esa mediación no es trivial, el miedo que provoca aprender a usar un computador. Cada año voy a Punta Arenas a participar en unos talleres de Explora donde enseño a niños y niñas a utilizar herramientas libres para hacer sonidos, también entornos para programar, enseñando que todo puede ser expresivo, desde el sonido de una puerta hasta el sonido del viento, hasta el sonido de las palabras.

La última queja
Por Alberto Mercado*

*Matemático.

Ese sábado por la tarde regresé a casa y Polo aún no llegaba. Al otro día saldríamos hacia Morelia para asistir al congreso de Topología al que nos habían becado, y habíamos acordado encontrarnos para salir a comer algo. Yo había llegado a la Ciudad de México dos meses antes, y desde entonces compartía con Polo un departamento en medio de una inmensa colonia popular en el sur de la ciudad, a media hora en pesero de la UNAM, donde realizaba mi tesis de licenciatura. Él llevaba solamente algunas semanas más en la ciudad.

Decidí esperarlo antes de cenar. Mientras guardaba mis cosas para el viaje del día siguiente, pensé en las semanas que habían pasado tan rápido. Vivía estrictamente con lo justo: la beca de la universidad alcanzaba para la renta, comida, transporte, y sólo ocasionales cervezas, o bien algún libro de Donceles. En todo caso, no me quejaba. Sobre todo porque el Instituto de Matemáticas de la UNAM, de calidad y tamaño tan distintos a la universidad de mi región, donde había estudiado hasta entonces, me parecía el paraíso. Otro gran descubrimiento de la ciudad fue la calle de Donceles, con sus inmensas librerías de viejo que visitaba de vez en cuando. Creía que en una sola de esas librerías había más libros que en toda mi ciudad natal. También estaba el tianguis del Chopo, donde podía encontrar discos y casetes de bandas de rock imposibles de conseguir en provincia.

Eran casi las diez de la noche y Polo aún no llegaba. Le habrá salido algo, pensé. Aunque en la noche casi no había transporte y no recordaba que me hubiera comentado nada. En fin, dudé entre enojarme o preocuparme. Me aburrí de leer el comic que había comprado la semana anterior, y decidí salir a comer unos tacos a la esquina. Una maravilla de las colonias populares en la Ciudad de México: en cada esquina hay una taquería. Si existe el paraíso, seguramente sucede lo mismo allí.

Mientras esperaba los tacos, pensaba que aún conocía muy poco de la ciudad. No ayudaban su inmenso tamaño, mi pobre presupuesto, y menos la tradicional inseguridad, tema obligado de los noticieros de todo el país en aquel tiempo. Para un habitante de provincia, era inimaginable estar 24 horas en el DF sin ser asaltado o secuestrado. No me había ocurrido nada, pero lo pensaba dos veces antes de caminar por algún lugar desconocido, sobre todo de noche. Nadie imaginaría que quince años después, el DF sería el lugar más seguro del país. Frecuentemente, Polo se quejaba de la ciudad. Se sentía prisionero de ella, decía. Justo la noche anterior, mientras tomábamos cervezas y escuchábamos música, lo repitió varias veces. Casi me contagia su mal ánimo, pero creo que se dio cuenta de que exageraba. "Ok, es la última vez que me quejo", dijo. Ni de chiste creí que fuera a cumplir su promesa.

Mientras comía mis tacos, me repetía a mí mismo que la percepción de Polo era desproporcionada. No se vive tan mal en una ciudad donde se puede comer tan rico con tan poco dinero. Además, vivir allí me permitía descansar de mis padres. Tantas peleas hacían nada agradable convivir con ellos. Cada vez que llamaba a mi

madre esperaba que me contara que se separaban, pero ella no lo hacía, ni yo le preguntaba. A mis hermanos sí que los extrañaba, a pesar de la insoportable edad que tenían por entonces. Por no hablar de Sonia, me dolía estar lejos. En todo caso, a ella no le pasaba por la cabeza la idea de mudarse de la ciudad. Cada vez hablábamos menos del futuro. Por mi parte, había decidido que si lograba terminar mi tesis, postularía al programa de posgrado para continuar en la UNAM.

A medianoche ya estaba seguro de que Polo no llegaría. Quise convencerme de que tendría algo más interesante que hacer que compartir unos tacos conmigo, pero no podía evitar empezar a preocuparme. Después de leer otro rato y seguir pensando, decidí dormir algunas horas. Si Polo no llegaba, pensé en llamar a Efrén, un conocido que vivía no muy lejos, quien seguramente sabría qué hacer.

Desperté con la luz del sol. Me duché y me di cuenta que solo faltaba un par de horas para la salida del autobús a Morelia. Tuve la certeza de que algo le había pasado a Polo. Busqué el número telefónico de Efrén y mi tarjeta TELMEX. Estaba por salir hacía el teléfono público cuando Polo llegó. Estaba deshecho. Bueno, no supe inmediatamente si estaba tomado, crudo o golpeado. En realidad era un poco de las tres cosas: La noche anterior se había ido a Garibaldi para salir del encierro en que se sentía. Pasó la noche tomando y escuchando música. De madrugada lo asaltaron y lo llevaron a un cajero automático. El típico secuestro exprés. Lo abandonaron en una construcción, donde se había quedado dormido hasta el amanecer.

Después de convencerme que Polo estaba bien (sólo tenía una marca en el cuello), le pregunté qué quería hacer. Lo discutimos un poco, había que conseguir algo de dinero. Repasamos mentalmente a quiénes podríamos pedir prestado, y finalmente decidimos que nos íbamos a Morelia, según lo planeado. "Por lo pronto, tengo que salir de la ciudad. Ya después veré si me reconcilio con ella", dijo Polo. En todo caso, no se volvió a quejar.

La vida es un viaje

Por Nelson Quiroz Rojas*

*Periodista.

La vida es un viaje. A veces viajas lento, rápido, a veces vuelas y otras, te estrellas. En ocasiones estás en tu taco y no puedes seguir. A menudo vuelves a pasar por el lugar donde sabes que hay tráfico. Pero en que cada viaje, en cada choque hay un aprendizaje. El mío empezó temprano en Forestal, popular sector de Viña del Mar. Mi viaje nunca fue solo. Siempre estuve con mis padres de copilotos y mi hermana de acompañante. Al principio fue a pie y en micro para ir a entrenar fútbol y después básquetbol. Ya más adolescente empecé a viajar sólo, o con amigos. Mis padres me habían enseñado a manejar bien, primero a Valparaíso, después a Santiago y luego por las ciudades del sur. Compitiendo, jugando, pasándola bien, conociendo amigos y familias.

Mi viaje continuó gracias al deporte en la universidad y rápidamente en los medios de comunicación. Siempre acompañado y ahora en cuatro ruedas. Con paradas, escalas, con rutas alternativas y tradicionales, pero nunca solo. Ya grande, crucé el charco. Viaje a los Estados Unidos, a Europa y por Sudamérica. Todo es igual. Ya no es como en los setenta u ochenta. Nosotros vivimos igual que ellos. Las diferencias son culturales, educacionales. En lo material, todo es igual o casi igual.

Ahora ya adulto, bien adulto, sigo con mi viaje permanente. Quiero encontrar el camino, quiero dejar una ruta, fundar una parada y no seguir viajando por el mundo sin encontrar el destino final.

La voz del Rodoviario ama los árboles

Por Diego Valderrama Villarroel*

*Periodista.

En el locutorio de Héctor Solís en el Rodoviario de Valparaíso no hay siquiera la foto de una planta. En su casa uno se topa de frente con un bosque en macetas. Héctor Solís, el locutor, es reservado. El otro, el amante de los árboles, es locuaz y apasionado. Sobre su trabajo como locutor dice que peor sería no tenerlo. Sobre el segundo, declara que es una manera de hacer del mundo un lugar más bello.

El Rodoviario de Valparaíso no ofrece sólo viajes interurbanos, sino también un viaje en el tiempo: el segundo piso del recinto parece congelado en los '80. Carteles de acrílico, antiguas persianas beige en las oficinas sin arrendar y un piso de flexit de color indefinido, marcan el camino hacia el pequeño locutorio donde Héctor Solís Caman, 67 años, casado, 3 hijos, anuncia la llegada y partida de los buses.

Emociona conocer a la voz que por años ha sido parte del sonido de fondo de este terminal de pasajeros. Sin embargo, el protagonista de esta historia no comparte ese entusiasmo. "Esto no es nada del otro mundo, acá no nos hacen un curso de locución, sino que uno solo se da cuenta que tiene que pronunciar bien y nada más. No es nada tan original esto de anunciar la salida de los buses, o avisarle a la gente que tal bus está instalado en tal andén" dice mientras anuncia la salida del bus de la empresa Cóndor con destino a Santiago.

¿Está a gusto con su trabajo?

-Todos tenemos que estar a gusto por tener un trabajo, lo peor sería no tener un trabajo. Pero la vida es así, hoy día me tocó estar acá y se hace lo mejor posible. Afortunadamente soy bastante versátil.

Sorprendentemente tacaño de palabras para ser un locutor, Héctor mira por el vidrio polarizado de su locutorio, cruza los brazos sobre su generoso vientre y de pronto sonríe. "Yo a lo que de verdad me dedico es a la recuperación del bosque nativo", confiesa.

El PASTOR DE ÁRBOLES

Es un domingo cualquiera y Héctor, paladín del bosque nativo, se levanta temprano para ir a recoger las semillas del único Belloto del norte que hay en la plaza Victoria, en el centro de la ciudad. "Es uno grandote, que tiene muchos años y está en toda la esquina de Molina con avenida Brasil. Nadie sabe que es un árbol que está en extinción. La semilla cae al suelo y nadie la recoge y más aún, la gente que está a cargo del aseo la barre y la bota", se lamenta. Él en cambio, se preocupa de hacer germinar esa semilla y cuando el brote sea lo suficientemente fuerte, trasplantarlo. El proceso tarda alrededor de dos años.

"El bosque nativo tiene esa desgracia, que no es rápido de crecimiento. Recién en 20 años tendrá una buena estatura. Entonces no es una cosa que uno siembre y al otro día vaya a ver algo. El peumo, que tiene un buen crecimiento, puede llegar a los 50 centímetros en un año", explica.

¿Y cómo concilia esto de amar los árboles y trabajar rodeado de vidrio y de cemento?

-En estas cosas uno aprende a ordenarse. Yo cuando llego a mi casa soy otro. Abro la puerta y dentro de mi casa hay un bosque, en macetas, pero hay un bosque con una cantidad enorme de distintos árboles. Y cuando yo me vengo y cierro la puerta se me olvida eso, y me concentro acá en el locutorio, porque hay que estar atento y ver el movimiento de los buses. Entonces tengo esa facilidad de separar lo que es la casa y el trabajo.

Mira el pequeño despacho que lo rodea y agrega con una sonrisa: Además que no soy claustrofóbico tampoco.

¿La familia lo acompaña en esta afición?

-Antes lo hacían mis hijos, pero ya están grandes: el menor tiene 38 años. Pero para eso tengo nietos, sobrinos y mucha gente que me quiere ayudar, niños que estudian ingeniería ambiental en la UPLA, por ejemplo. Tengo un vivero y antes, cuando vivía en Laguna Verde, tenía un vivero mucho más grande. Aparentemente es un pasatiempo, pero el recolectar las semillas, el reproducir los árboles y reforestar áreas públicas que se pueden recuperar, es algo que he hecho durante bastantes años. Yo trabajo el bosque esclerófilo, el canelo, el peumo, el quillay… en fin, todo ese tipo de árboles, el ulmo silvestre y también algunos del norte como la tara y el belloto del norte. Si los comercializara sería rico, pero la idea no es venderlos, sino tratar de enseñar a la gente y trabajar con ella la defensa del medioambiente. Y la defensa no se logra (hace un gesto con la mano como un pato graznando) sino haciendo cosas, estableciendo y reinstalando los árboles nativos que han sido quemados sobre todo en esta área o que han sido talados indiscriminadamente.

¿Cuesta mucho recuperar el bosque nativo?

-El árbol es como un animalito, como cuando alguien regala gatitos y la gente se los pelea. El primer día es fantástico, pero a la semana ya al pobre gato nadie lo toma en cuenta. Con el árbol es lo mismo. Muchas veces se lo llevan y lo dejan ahí y ni siquiera lo plantan, y si es que llegan a plantarlo, se olvidan de regarlo, porque cada dos o tres días hay que echarle agua, hasta que el riego se va distanciando cuando ya el árbol se adapta al nuevo suelo. Pero la gente no siempre respeta eso, entonces uno le ha dedicado mucho trabajo a esto y lo hace con mucho amor, pero esa gente no entiende que en ese trabajo (que es gratis para ellos) uno gasta bencina, gasta tiempo, gasta plata porque se riega con agua, que después llega la cuenta. Una vez tuve una muy mala experiencia con una junta de vecinos, porque yo pensé que si en alguna población marginal o de escasos recursos, uno planta un palto y ese árbol se cuida, esa comunidad va a tener paltas para comer, y si lo cuida mucho hasta va a tener paltas para vender. Así que fui a una población con 20 paltos, hablé con la Junta de Vecinos y llegué con dos canastos llenos de árboles. Volví como a los 15 días a buscar los canastos: los paltos estaban todos secos y nadie había plantado nada. Entonces ahí choca el corazón, y las ganas de hacer algún bien, con estas malas experiencias, pero si uno renunciara por cada traspié, uno no podría hacer un mundo mejor, y eso va en la actitud no más.

Las regias estupendas
Por Gabriela Olea Alcántara*

*Asistente Social.

Es día de fin de verano en Valparaíso y voy apurada al Café del Poeta de Plaza Aníbal Pinto. En un rato más me reuniré con mis tres amigas del colegio Espero que no hayan llegado, aunque a una de ellas ni siquiera me la imagino en camino hacia nuestra cita.

Ellas son mis yuntas de enseñanza media, las entrañables de esa etapa, las que en conjunto suelo nombrar como "las gallas", "las cauras", "las locas", y ahora último, "las regias estupendas". Este nombre se lo puse al Chat grupal que tenemos en WhatsApp, viendo que Valeska, Paola y Pilar -como se llaman realmente- estuvieron un tanto bajoneadas.

Muy a lo lejos nos podemos reunir pues Pilar y Paola viven en Santiago y Valeska hace tiempo reside en Italia. De todas maneras, desde hace varios períodos no nos vemos seguido por diversas razones: los pololeos, los maridos, los hijos, los compromisos de todo tipo, las separaciones, la pega, las obligaciones, el cansancio, la rutina, y mil y una razones que nos succionan en la vorágine diaria, semanal, mensual, anual. Sin embargo, ahora último nos juntamos una o dos veces en el año y en ese reencuentro tengo la sensación de que el tiempo no ha deteriorado el vínculo, sino todo lo contrario: lo ha fortalecido.

Mientras voy en camino hacia nuestra cita, mis recuerdos se remontan hacia la época del colegio. Años 80. Nosotras con 13, 14, 15, 16, 17 años. Colegio David

Trumbull. De 1ero a 4to medio. Jumper, chaqueta, la corbata rayada y la insignia de esa época que en la actualidad no existen. Y nosotras, adolescentes, con el estilo de la época cuando andábamos sin uniforme: pantalones amasados, prendas con hombreras, el cabello luciendo un encrespado falso (la famosa "base" de esa época). El inicio de la juventud, de buenas anécdotas, de amistades, de las primeras fiestas en las que sonaba música ochentera en inglés y español.

En aquellos tiempos yo veía a la Valeska como una persona frágil, que había que proteger de alguna manera, ya sea de cosas que afectaran su salud o de las exigencias escolares. Ella se tomaba su tiempo para todo, a veces me sorprendía su ritmo tan pausado, su tono de voz como rasgado y profundo. Con mucha chispa y expresión en sus ojos, al iniciar una conversación, Valeska daba la idea que iba a contar un secreto grande, alguna primicia muy exclusiva, o un dato que muy pocos manejaban. Algo magnético tenía pues siempre nos convocaba. Por un tiempo estuvo de moda realizar fiestas de curso en su casa, o bien, sólo juntarnos a conversar con ella y otros compañeros por largas tardes. Sin duda, la casa de la Valeska fue un clásico en aquella época.

Paola era la volada del grupo. La que se iba en "volá" con la música que le gustaba, con sus amores, con lo artístico, con lo que oliera a aventura y con cualquier cosa que la entusiasmara. También era voladamente romántica, manifestándose ya en ella un espíritu libre y levitante. Nuestras incursiones veraniegas a Olmué a la casa de Paola también fueron un clásico, junto con los carretes en la desaparecida discoteque del pueblo, las conversaciones en la plaza, los nuevos amigos, los primeros amores de lolas.

Pilar en esos años era como una vieja chica. Iba un curso adelantada al igual que yo, pero con la diferencia de que ella era agrandada. Más seria, más formal. De hecho, la que primero pololeó "seriamente" fue ella. Además, su pololo era "mayor", un cabro universitario. La Pilar manejaba cajetillas de cigarro con permiso de sus papás, mientras que nosotras fumábamos a veces, de "monas" y obviamente, a escondidas. Pilar era además muy responsable, inteligente y matea (aunque nunca nerd). Varias estrellitas se ganó al terminar el colegio. Lo de estrellitas es real: eran premios metálicos en forma de medallas que te daban si tenías buen rendimiento escolar.

Yo en esa época, estaba un año adelantada del curso que realmente me correspondía, pero a diferencia de Pilar, era más niña. A los 15 años representaba 12 y tenía ganas de verme mayor. También era algo matea, de estrellitas, pero no fanática. Al llegar a enseñanza media vislumbré que en la vida también se podía pasarlo bien y que no era necesario seguir todas las reglas. Empecé a hacer la cimarra para saltarme una clase, me escondía en el baño del colegio junto con alguna de mis "yuntas", o bien, como me cargaba desfilar, no participaba para los 21 de mayo o fechas similares.

Después de revisar mis recuerdos y siendo marzo de 2016, puedo decir que en la actualidad todas ya contamos con más de 40 años. Usamos anteojos, nos aparecieron algunas canas, también una que otra arruga, aunque hemos tratado de disimular todo aquello de puro vanidosas que somos. Tenemos hijas e hijos de distintas edades. Tenemos profesiones y trabajos diversos. Cada una ha experimentado altos y bajos en sus vidas. Amores y

desamores. Nacimientos y duelos. Harta agua ha pasado bajo nuestros puentes. Pero con luces y sombras, nuestra amistad luego de 30 años, sigue viva.

Hoy puedo decir que Valeska continúa teniendo eso magnético que nos convoca. Cada vez que llega de Italia, nosotras planificamos instancias para vernos. Ya no me parece una persona frágil que haya proteger. Se transformó en una mujer que le pone el hombro a la vida. También en una viajera. Con su voz y mirada intensa sigue iniciando las conversaciones como si nos fuera a contar algo ultra secreto, sabroso y entretenidísimo.

Paola siguió fiel a su espíritu inquieto, libre y volador. Persona de las mil historias de vida y profundos cambios. En cada encuentro con ella, te inyecta algo de su lado cautivante y te saca de la inercia mostrándote que la vida merece ser bien vivida. Algo de poético y kamikaze hay en ella.

Pilar está mucho menos seria, aunque igual se adivina que algo queda de eso. Le saca partido a su lado mateo y práctico pero además,manifestó su espíritu mágico y metafísico. A esta altura ya se ha desordenado y eso le sienta bien.

Por mi parte, ya no busco verme mayor. Me molestan las injusticias y todavía me salto ciertas reglas establecidas. Continué con mi lado humanista iniciado en aquellos tiempos y me encaucé hacia lo social, pero además fueron apareciendo poco a poco muchas otras inquietudes: las creaciones artísticas de muchos tipos y formas, interés por ciertos "principios" y lo espiritual en el amplio sentido de la palabra.

Por fin llego a nuestro punto de encuentro y puedo reunirme con ellas. No soy la última en llegar. Conversamos muchas horas y aún nos queda tema. Tomamos café y comemos panqueques celestinos. Coronamos nuestra cita con un buen pisco sour. ¡Salud por nosotras amigas mías! Mujeres regias, estupendas.

Lleve de lo bueno, le vendo lo que quiera

Por Carlos Otazo*

*Electricista jubilado.

Salir a caminar por el centro de la ciudad se está haciendo un poco difícil. No lo digo por los robos o lanzazos a los que estamos expuestos en Valparaíso y que, desafortunadamente están ocurriendo con mayor frecuencia. Lo digo porque algunas veredas están cada vez más ocupadas y a veces se nos hace una odisea atravesar una cuadra.

Es el "ambulantismo" que está creciendo. Sí, ya sé, es una palabra inventada. Me refiero al comercio ambulante, el que se instala en los lugares por donde todos deberíamos poder caminar, coartando nuestra libertad de desplazamiento. Honestamente, ¿no te han dado ganas a veces de pasar por encima de las cosas que están en el suelo cuando el tráfago del caminar te empuja hacia los lados y otros van mas apurados?

No estoy en contra de los ambulantes. Ellos son, en su mayoría, el resultado de lo mal que funciona la economía del país, que tiene en la cesantía a un grupo importante de trabajadores con contrato caducado. ¿Qué hacen las personas que se quedan sin trabajo? Aparte de buscar y ofrecerse en lo que saben hacer, primero, y en lo que sea, después; muchos terminan en lo del comercio informal, vendiendo cualquier cosa. En este país se vende de todo y más. Algunos venden hasta la conciencia. Y la frase "todo hombre tiene su precio" la hemos visto hecha carne en este último tiempo en Chile. Todo hombre es un decir. También están incluidas las diputadas, perdón, quise decir las mujeres.

Bueno, pero estaba hablando de los ambulantes y los desocupados, los sin trabajo remunerado, que son un porcentaje importante y que es el lado oscuro de este modelito económico que nos han vendido. También eso es un decir, porque no lo hemos comprado, más bien al contrario, fue impuesto dramáticamente, contra la voluntad de muchos. Porque a nadie le preguntan ¿Cómo quiere que lo exploten? ¿Con AFP o con Caja? ¿Con bajo sueldo y muchas horas de pega o con flexibilidad?

Hace tiempo que los altos índices de cesantía son parte integrante de este modelo y ello rebate de manera penosa los alardes de éxitos que algunos venden ¿Hay algo mas dramático y "cagativo" que quedarse cesante? Es quitarle a una persona lo poco que tiene y se le dificulta la venta de su fuerza de trabajo y si no la puede vender, no podrá llevar a fin de mes el dinero a su casa para comprar las cosas que necesitan los suyos para sobrevivir. Si se es soltero es más soportable, pero si varios dependen de ese sueldo, la cosa se vuelve dramáticamente penosa. Hace rato que hemos asumido lo precario que se ha vuelto el trabajo, aparte de los bajos sueldos, por la inseguridad de encontrarlo y perderlo constantemente. Ya casi no hay esas pegas en las que uno entra y se queda allí hasta la jubilación.

Así, muchos aprenden a vender. Y a asumir que el comercio es también un trabajo. Claro que sin un patrón que te dé las ordenes. Uno es su propio empleador y si eres muy exigente contigo mismo, te conviertes en un autoexplotado. Pero si no te gusta la palabra, no te preocupes que para otros te habrás convertido en un nuevo emprendedor, lo que para algunos será sinónimo de un futuro o potencial cliente financiero.

Pero ¿qué vender? En mi vuelta por la calle he visto que se vende de todo. Lo que te sirve y lo que no te sirve, incluso lo prohibido. Y es una verdadera institución lo de la venta ambulante. No se pagan impuestos, los puestos ya están repartidos y acordados (y vaya si alguien osara ocupar un lugar que no le corresponde). Ya están instalados y los "pacos" no los corretean como antes y sospecho que la alcaldía ya llegó a un acuerdo con los ambulantes y nadie los va a molestar, salvo que los negocios establecidos o los poderosos del retail sientan que la competencia ya no es tan sana como algunos alardean.

Creo que es un buen negocio ser ambulante. Y como en otros rubros, en este hay también una escala social. Cuando llegan y cuando se van, uno puede ver las camionetas y los furgones de algunos ambulantes con una gran cantidad de mercaderías y elementos para tener un puesto muy presentable y asequible para clientes ambulantes. Hay otros más humildes, que veo llegar con un paño raído en donde desparraman sus chucherías o mercancías sobre la calle.

Pero donde sufren los ambulantes es cuando hay marchas y protestas pues sus potenciales clientes desaparecen ya que le hacen el quite a ese tipo de manifestaciones. Peor aún si aparecen las lacrimógenas y el guanaco ya que, como entenderán, no hay negocio comercial que funcione en tan malas condiciones. Como contrapartida, tienen días extraordinariamente movidos y cómo no, cuando saludamos en su día a la madre, al padre, al niño y ni qué decir en los días navideños. Y suma y sigue.

Local le gana a visita

Por María Fernanda Vásquez*

*Encargada Regional del Plan de Alfabetización.

Lo conocí en medio de un carrete cualquiera. Me lo presentaron en "El Canario", en una ronda nocturna por calle Cuming pasadas las 3 de la mañana, ojos miel, castaño como otoño. A Julio me lo seguí encontrando cada fin de semana en "El Picante", en alguna vuelta de reloj después de unos vinos… O en las calles cruzadas del casco histórico de Valparaíso en horario diurno… Era de esos conocidos queribles que caminan contigo cuando te encuentran, compañía precisa de unos semáforos y que tienen la virtud de despedirse sin incomodar… Son esos encuentros de ciudad chica que no es Santiago.

Una tarde de caminata casual con estudiantes gringos por Cerro Alegre me encontré con Julio nuevamente, y él, se sumó humilde y armónico al cortejo de postal.

La armonía se rompió al dar la vuelta por la calle Pastor Schmidt con un coro de agudos ladridos de perro ¿Era acaso una manada forastera? ¿Una jauría hambrienta tal vez? Como respuesta me vi en una ridícula y exagerada reacción: piernas y brazos en una X como tratando de contener la furia de aquella jauría desconocida.

Mi temor era motivado por Julio, mi acompañante de cuatro patas que era capaz de comer cualquier cosa que le regalara por esperarme afuera de algún lugar o dormir en medio del barullo y el humo en un sillón compartido solo para acurrucar su cabeza en mis piernas. Julio en peligro, alarma en mi cabeza, posición de defensa.

-¡Corre Julio!, salió de mi boca. En mi cabeza tronaba un "corre por tu vida".

El grito atravesó la calle por encima de los gringos que miraban desconcertados y fue a rebotar en una mirada de genuina y perruna sorpresa.

Julio avanzó hacia la jauría con su cuerpo musculoso de cerro arriba/cerro abajo. Ladró una única vez y el grupo de caninos visitantes siguió su ruta en dirección contraria. Soberbia la mía de creer que yo podría cuidarlo cuando todo el tiempo fue él quien me cuidó a mi.

Pasó el tiempo, pasó la ciudad. Me fui de Valpo. "El Picante" hoy es una tetería medio vegana, "El Canario" resiste, el "Bola ocho" volvió a ser la verdulería que siempre fue. Y pasó la muerte y se llevó a Julio, fue tema hasta en las redes sociales porque era un perro callejero querido.

Todavía está abierta su página en Facebook alimentada con muchas fotos de cámara turista que enfocó al rucio, pelo corto con ojos de puesta de sol recorriendo sus territorios, mostrando sus calles.

La última vez que lo vi doblaba por "El Cinzano" rumbo al Puerto. Le ladraba a un par de perros, imponente, choro, porteño, jugando de local, seguro campeón.

Negocio Familiar

Por Rodrigo Silva Paris*

*Ingeniero.

En Santiago hay un concurrido bar, de esos topten en TripAdvisor y en distintos espacios de internet dedicados al turismo y panoramas. La gracia de ir ahí es que mi hermano es administrador del bar y ubico al dueño y a su familia de los tiempos del colegio. Todo se resume en tragos gratis, mejor atención, mesa reservada y ese tipo de cosas de las que abusan los políticos y que nos quejamos. Pero para mí estaba perfecto porque podría ver el partido de U de Chile v/s Deportes Antofagasta. Alegría.

Me senté junto a Oscar, el hermano mayor del dueño, Ingeniero civil de una universidad de las llamadas tradicionales. Viste como tal: típico pantalón de tela y camisa con jinete bordado. Le comenté a modo anecdótico que la semana pasada había estado en Valdivia y que allí encontré un bar casi idéntico a este. Misma ambientación, mismos adornos y prácticamente igual carta, le dije respaldando mis dichos con fotos tomadas con mi celular. Óscar se molestó muchísimo y quería partir al día siguiente a Valdivia para conocer ese local, tanto es así que insistentemente me consultaba cómo llegar. Sin el ánimo de alimentar su molestia, le comenté cómo se llenaba también ese bar y que daba la impresión que copiaban todo el ambiente y éxito del suyo. Mientras, mi hermano le insistía en la necesidad de abrir más sucursales del local, tema que habían discutido en reiteradas ocasiones.

Para ese momento, ya era un tema importante y en cosa de cinco minutos se había sumado a la mesa la mamá de Oscar y su hermano menor Claudio, dueño del bar, consultándome por aquel misterioso local valdiviano. Quería saber de los precios, si era rica la comida como en su local, si había variedad de cervezas. Parecía que realmente les interesaba, aunque fuera una copia. Fue extraño. Mientras, yo seguía viendo el partido y celebraba el gol de la U que adelantaba un triunfo parcial de 1-0.

La madre es una señora que se muestra austera. Lleva pantalón de buzo sin marca, zapatillas deportivas, un chaleco de lana chilote. Baja estatura, mirada firme. Siempre afuera del bar está estacionada su camioneta Ford del año, full equipo, de esas que parecen ocupar dos pistas en la calle. Tiene muy buen ánimo y escucha atenta todas las recomendaciones de la mesa. Sus hijos se quejan de que ella no quiere abrir más sucursales porque, según dice, el negocio perderá su esencia.

Claudio tiene 28 años y no estudió después del colegio, les dijo a sus papás que en vez de endeudarse estudiando en la universidad, prefería usar ese dinero para abrir un bar. Así lo hizo, y luego de 10 años, es uno de los locales más concurridos en la capital.

El joven viste un jeans azul, zapatillas y polerón tipo skaters, además usa un guante en su mano derecha. Hace un tiempo se le hinchó notoriamente y distintos médicos no han podido diagnosticarlo con éxito. Todo el tiempo está bebiendo whisky y dando órdenes. Conversando en la intimidad con los meseros y los barman, estos comentan cómo a veces llega diciendo algo y una vez que está ebrio cambia las órdenes, se muestra descontrolado

y divagador, lo que molesta a sus trabajadores por el mal trato. Se nota eso sí que él lo pasa muy bien con su negocio, saluda a todo el mundo, ríe y regala tragos. Finalmente no aporta mucho en la conversación que tenemos, se levanta de la mesa y se sienta en otra con amigos dando un grito al llegar y seguido por todos los de la mesa.

Oscar, por el contrario, se muestra complicado. Piensa que pierden oportunidades de ampliar el negocio y ganar más. Al parecer a su mamá le aqueja lo que pasa. Oscar le encara cosas como: "desde hace mucho he dicho que debemos crecer y abrir más bares". Le dice que hay que preocuparse del negocio, que poniendo santitos en cada rincón escondidos en el bar no se mantendrá el éxito, ni con cábalas como barrer hacia adentro para no dejar ir la suerte, situaciones con las que ella insiste mucho. Luego salen a la conversación otros temas, como que no están bien administradas las ganancias del bar, que hay que invertir el dinero, "no puede ser que abra un cajón en la casa y tengas dos millones de pesos escondidos ahí", insiste Oscar. En eso nos interrumpe la hermana, quién es la menor de la familia, con 21 años, comentando alegremente y con celular en mano que el bar es una gran "pokeparada". Ciertamente nadie entendió lo que dijo en la mesa. Quizás fue con ánimo más de distender la situación. Ella es mesera en el bar y todo el tiempo está yendo y viniendo, puede ser que no supiera siquiera de qué conversábamos.

Durante todo el tiempo estuve tratando de ver el partido de mi querida U de Chile, quien ya terminaba empatando desastrosamente 1 a 1 ante Deportes

Antofagasta. Al final de la jornada pagué íntegramente todo lo que consumí. No recibí ningún trato especial más que escuchar problemas familiares y del bar, pero está más que bien. Si me quejo de los políticos no debo actuar como ellos.

Subiendo hacia la Ex Cárcel

Por Sol Gallardo*

*Actriz.

Para visitar la Ex Cárcel, partiría pidiendo indicaciones para llegar a calle Bellavista. Los porteños te dirán cosas como: "Es ahí donde está el supermercado Líder" o "queda frente a la Intendencia, donde hay una feria artesanal"; o "está cerca de la subida Ecuador". Y claro, todos tienen razón, por lo tanto, notarás que no es tan difícil, sobre todo si tomas alguna micro y al pagar le dices al chofer: "Local, por favor. ¿Me avisa en Bellavista?". Una vez estando ahí, el segundo paso es llegar a la plaza Aníbal Pinto, frente a la fuente Neptuno. Y es aquí donde comienza la aventura. Esta plaza es un lugar desbordado de punkies-hippies-artesas, entre los cuales destacan los personajes al borde de la androginia, los que se plantan en esta feria improvisada vendiendo soja, ropa usada, libros hechos a mano, "chelas" heladas y marihuana en versión queque o bombón "pa' llegar y llevar".

Pasar por ahí y salir intacta es toda una hazaña, aunque la mayoría de las veces terminas llevándote una camisa o un magneto como mínimo souvenir "lolein". Pero lo logras. Llegas a la subida Cuming. Ahora te toca observar la "tracalá" de locales que la noche anterior estuvieron albergando a los bohemios, pseudo artistas (veinteañeros en transición a los 30's) y a los extranjeros que se acumulan en esta calle turística abarrotada de carrete y promesas nocturnas.

El color y el olor se adueñan del espacio. Entre graffitis, baños callejeros y puertas coloridas, se completa la estética.

Justo frente a la variedad de locales que ofrecen empanadas, completos y sopaipillas, hay una pérgola de flores. Pero aquí las flores no son lo único que huele: el pichí y el vómito de ebrio son los aromas ganadores. ¡A seguir subiendo!

Un poco más arriba siguiendo por calle Cuming llegas a la plazuela El Descanso, la que de día se viste de jóvenes circenses con malabares en el aire quienes de noche cambian sus juguetes artísticos por botellones de vino y acrobacias para arrancar de los "pacos".

Ya falta poco... Cruzas la calle para evitar algunos "baños" (esquinas chorreantes de orina y caca) y en un último esfuerzo (porque subir el cerro cansa) llegas a la Ex Cárcel, hoy llamado Parque Cultural de Valparaíso (¡No es menor ah!) ¡Tremendo edificio señores! Todo nuevecito, todo limpiecito. Lleno de salas frías con artistas y colores de paso. Una empresa externa se dedica a la seguridad del recinto y a la mantención de los baños, que siempre están impecables. Los trabajadores administrativos son altos, guapos, y con mucho estilo. Trabajan en pequeñas oficinas de vidrio que dan a un pasillo concurrido por todos (si trabajan en vitrina todo el día, tiene sentido que sean guapos, ¿no?), pero en este espacio eso da más o menos lo mismo.

Las pintas aquí son muy variadas. Está el hippismo lana de las bailarinas contemporáneas, los estilos vagabundos colorinches de los estudiantes de teatro, los desordenados que se han vuelto más "compuestos", los músicos con su onda de instrumento a cuestas, y los

cineastas, un poco hipster, un poco oscuros. Como ellos, existen muchísimos más, ya que la Ex Cárcel le da cabida a varios grupos en búsqueda de lugar donde crear. En sus salas frías se produce, se juega, se entrena, se ensaya y se concentra la energía de un significativo grupo de artistas porteños. Aunque hay que decirlo, el Parque aún mantiene ese "algo" de la cárcel que alguna vez fue. El frío es el mejor ejemplo ¡Qué terrible es el frío aquí! Muchas veces literal y algunas otras como parte de la amabilidad inexistente en esta infraestructura. El frío es el que te recuerda que estás en un espacio que no nació para recibirte con cariño y que, aunque hoy es lo que es, el gran Parque Cultural de Valparaíso, en sus paredes sigue filtrándose el mismo hielo que congeló los huesos de más de algún reo.

Sutura y cicatriz

Por Paula Lisboa*

*Gestora cultural y editorial.

Nací prematura. Casi de seis meses, casi peso un kilo, casi no nací. Tuvieron que practicarle cesárea a mi mamá. Yo venía de poto y no sabían cómo sacarme. Estuve tres meses en incubadora.

Desde el primer año tuve una habitación solo para mí, fue algo natural, como si hubiera vivido todo el tiempo en ella. Contenía todo mi mundo, era mi fortaleza. Mis padres me dejaban dibujar en las paredes. Ahora lo recuerdo: quería borrar las horribles flores azules del papel mural.

Mi papá me decía merenguito porque solía resfriarme demasiado. A los cinco años tuve una bronconeumonía, después de luchar por días con la infección e innumerables inyecciones que hacían imposible que me pudiera sentar, decidieron operarme y sacarme las amigdalas. Algunos días después de la operación me dieron el alta. Recuerdo ese día como si fuera ayer, estaba aliviada de volver a mi habitación, hasta me gustó el papel mural de flores azules. Sentí que me dio una bienvenida. Esa noche desperté ahogada. Dormía de guata cuando de pronto vi las sábanas manchadas de sangre. Recuerdo haber pensado que era salsa de tomates. Me preocupé un poco más cuando llegaron mis papás con cara de pánico y en un dos por tres me subieron al auto. Al llegar a la clínica me desmayé en los brazos del cirujano de turno. Al día siguiente desperté en una habitación

blanca, tan fea como la anterior. Mi mamá me contó que soñé con un hombre vestido de blanco, con barba y que detrás tenía una luz blanca. Extraña manera de comentar que me había muerto por unos segundos.

A los seis años, acostada, en cama en mi habitación que por fin ya no tenía ese horroroso papel mural, con uno de los tantos resfríos que solía contagiarme, estaba viendo al payaso Cepillín en la televisión y tomando jugo en mi vaso de vidrio favorito (era pequeño y liviano, justo para mi mano) cuando sentí un crujido. Miré el vaso y me di cuenta que le faltaba un pedazo en el borde ¡Había mordido el vaso!. Mi papá llegó rápido (con la misma cara de terror) y me tomó de los pies, moviéndome de arriba abajo tratando que botara el vidrio de la boca. De cabeza y mientras me agitaban, descubrí que el trozo de vidrio había caído en una esquina de la habitación. Ese día no era para morir, tampoco para regresar a una clínica fría. Pero fue la anécdota más contada en la familia por entonces.

A los siete años, mi habitación siguió siendo un refugio. Esta vez, de las duras peleas que sostenían mis padres y de las que también solía tener yo con mi hermano. Aparte de dibujar, jugaba a formar edificios y fortalezas con legos y descubrí las películas de terror. Esperaba Cine de última función en la tele para poder verlas. Las de vampiros eran mis favoritas porque ellos eran sobrevivientes de la muerte, solitarios, melancólicos y vivían en grandes castillos.

A los ocho años tuve que optar por hacer la primera comunión. Me rehusé. Me echaron del colegio. ¿Quién en su sano juicio elegiría algo así, dónde te enseñan a tener culpa por todo, y a cargar con una eterna sensación de

insatisfacción personal?. Además, encontraba más entretenido que resucitaran vampiros en la televisión a que un libro dijera que el mundo se creó en siete días.

A los once años viví un choque de autos. Unos segundos antes del accidente recordé a mi mamá, mi papá, a mis abuelos y a mi perra. Es verdad que se te pasa la vida en un segundo cuando crees que vas a morir. Según las enfermeras, fui una sobreviviente.

Al comenzar la adolescencia tuve una obsesión por el deporte. Practicaba barras asimétricas, tenis y natación. Necesitaba eliminar la toxicidad que me provocaba mi familia. La habitación ya no era suficiente para liberarme y resguardarme. La natación fue lo que más ayudó. Me calmaba porque volvía al primer lugar, el lugar líquido del que se me expulsó tan rápido.

Los quince fueron decisivos. En una muy violenta pelea entre mis padres, mi papá trató de golpear a mi mamá. Salí de la habitación y sin pensarlo lo agarré él y le pegué un puñetazo en la cara. Otra vez vi su cara de terror. Ahora sí había perdido a su hija.

Ese día vino un cambio radical. Nos fuimos de la casa con mi mamá. En adelante nunca hice las cosas convencionales que me obligaban a hacer en el colegio, incluso dejé de asistir. Opté por aprender cosas que me interesaban y a practicar actividades que me ayudaran a ser feliz, a formar la persona que quería llegar a ser. Y si lo olvidé en algún momento, las cicatrices me lo recordaron más de una vez.



Este libro fue impreso
en los talleres gráficos de
Libros Independientes
librosindependientes@gmail.com
Valparaíso, Chile